





Truman
Capote





Truman Capote

Liliane Kerjan

Traducción de Silvia Kot

A large, light gray circular logo with a white border. Inside the circle is a large, white, serif capital letter 'A'.

Kerjan, Liliane

Truman Capote / Liliane Kerjan. - 1a ed. - Ciudad Autónoma de Buenos Aires : El Ateneo, 2017.

256 p. ; 23 x 16 cm.

Traducción de: Silvia Kot.

ISBN 978-950-02-9983-1

1. Biografía. 2. Escritor. I. Kot, Silvia, trad. II. Título.

CDD 807

Truman Capote

Título original: *Truman Capote*

Autora: Liliane Kerjan

© Editions Gallimard 2015

Traductora: Silvia Kot

Diseño de tapa: Eduardo Ruiz

Derechos exclusivos de edición en castellano para América latina y los Estados Unidos.

Prohibida la venta en España

© Grupo ILHSA S. A. para su sello Editorial El Ateneo, 2017

Patagones 2463 - (C1282ACA) Buenos Aires - Argentina

Tel: (54 11) 4943 8200 - Fax: (54 11) 4308 4199

editorial@elateneo.com - www.editorialelateneo.com.ar

1ª edición: agosto de 2017

ISBN 978-950-02-9983-1

Impreso en Grupo Ilhsa S. A.,
Comandante Spurr 631, Avellaneda,
provincia de Buenos Aires,
en agosto de 2017.

Queda hecho el depósito que establece la ley 11.723.

Libro de edición argentina.

Índice

Una firma	11
<i>En estado puro: la inocencia perturbada</i>	17
“El Pequeño T.”	19
El arpa del camaleón	57
Travesía transatlántica	85
<i>En estado puro: las fiestas y los crímenes</i>	99
El atlas personal.	101
Del reportaje a la novela-testimonio	129
La ruta del año 66	157
<i>Mezclas tóxicas</i>	175
Capote en panorámica: el mundo del espectáculo y de las imágenes	177
El agitador de las artes y las letras	191
De la ambición proustiana a la vivisección.	207
<i>Puntuación final</i>	221
¿Sueños cumplidos?	223
De la luz a los nocturnos	227
Epílogo en punto y coma	241
Cronología	243
Filmografía selecta	251



Para Jules





Una firma

Sus íntimos lo llamaban “T.”, afectuosamente “el pequeño T.”, sus amigos, “True Heart” –corazón sincero–, a veces firmaba “Tru”. Jugaba con su nombre. Se convirtió en el “Capitán Truman” en el barco de vapor de ruedas del Misisipi. Disfrazaba su nombre: era “Truman Kaputt” cuando lloraba y “Namurt Etopac” cuando se reía. Lo hacía según el público, según las circunstancias. Actor consumado, escribió todos sus papeles y los interpretó, aunque quiso ser bailarín de tap y luego cantante de *night-club*, pero sobre todo, escritor. En cada oportunidad, era como un seudónimo o un nombre artístico. Él, el camaleón Truman Capote, era todo eso al mismo tiempo y su firma valía oro.

Repartía firmas por todos lados. En 1964, fue arrestado por conducir en estado de ebriedad en las primeras horas de la mañana, cerca de su pequeña casa de la playa en Sagaponack. Lo encerraron en una celda de desintoxicación. Cuando la esposa del *sheriff* se enteró, lo visitó y le preguntó si aceptaría que fueran a verlo sus amigas con sus álbumes de autógrafos. Capote aceptó: pronto llegó una cohorte de personas del lugar con sus preciosos cuadernos de nombres coleccionados y él los firmó todos. Era un indicio de su notoriedad local en ese pequeño territorio situado al sur de Long Island, y también de su popularidad general en otras partes del país, ya que sus libros eran muy leídos por el gran público norteamericano. A propósito de los pedidos de autógrafos,

Sartre decía con cierta crueldad: “Existe un malentendido cuando las personas se dirigen al escritor. Este cree que les interesa su trabajo, cuando en realidad solo quieren su firma”. Pero esta afirmación ignora a la gran cantidad de lectores de la prosa de Capote, una prosa que quedó en las memorias con sus imágenes insólitas, sus asombrosos hallazgos y sus personajes cincelados. Imposible olvidar, en efecto, a la elegante martiniquesa de pálida tez de ron de *Música para camaleones*, contando historias con el perfume del ajeno, martillando el piano para que los camaleones de color verde, esmeralda y lavanda se reunieran como una partitura de música mozartiana escrita en el piso. Imposible olvidar la poética evocación del Misisipi nocturno en el que se esfumaban los barcos rodeados de nieve con sus contornos atenuados. Del mismo modo, ¿cómo no guardar en la memoria los crímenes y la pequeña caja de cartón con su ataúd en miniatura cerrado de *Féretros tallados a mano* o el autorretrato como hermano siamés y a Marilyn, la “adorable criatura”, con los cabellos suavemente desordenados, en Staten Island, dándoles de comer a las gaviotas? Siempre recordaremos esos personajes conmovedores y frágiles, esas atmósferas que tienen la poesía de las estampas o la dureza de la hoja de una espada. Imposible no cruzarse con Audrey Hepburn, con su ajustado vestido negro, su enorme collar de perlas, rodete alto y larga boquilla, que parece salir del afiche del film *Desayuno en Tiffany's*. Con sus libros que siguen alineados hoy en grandes cantidades en los estantes de literatura de las librerías, Truman Capote se convirtió en un familiar.

Capote, un hombre amante de los cócteles, las serpientes y los fuegos artificiales sobre el Gran Canal de Venecia, era él mismo un cóctel: probablemente un manhattan –vermut blanco, whisky–, un ángel blanco –mitad gin, mitad vodka–, o un daiquiri del bar

del Ritz –ron, jugo de limón, azúcar blanca–. Durante la investigación para la novela-testimonio *A sangre fría*, llegó a la casa de sus anfitriones de Kansas con una botella de whisky J&B bajo el brazo y siempre con el oído atento. Ese eterno invitado era un gran oído que captaba los secretos de los asesinatos y las alcobas, de las mucamas y los magnates. Un dandy que deslumbraba por su talento de narrador y por su indumentaria: traje de terciopelo negro o frac en el Plaza, capa de gabardina en Brooklyn, traje de marino en Roma, pijama oscuro estilo vietcong y sombrero claro, chilaba blanca y sombrero negro en Long Island. Así, vestido de blanco y negro, como en el famoso baile que ofreció en el Plaza de Manhattan en 1966, era un hombre de marcados contrastes, al que le encantaban las mezclas tóxicas.

Siempre de blanco y negro, Capote angelical y un prodigio al comienzo de su carrera, proclive a la melancolía cuando ya no sentía deseos de arder en la hoguera de las vanidades, al mismo tiempo mundano y viajero nómada, ¿quién era? Un fabuloso escritor de la década del cincuenta a la del ochenta. Truman Capote deslumbraba, Truman Capote intrigaba, Truman Capote sorprendía. Se lo comparó con Jean Cocteau y también se dijo que era el Elvis Presley de las letras norteamericanas. ¿Cómo imaginar semejante diferencia? Un escandaloso tardío, un ambicioso que hacía fuego con toda clase de maderas, un bufón de los poderosos que lo alimentaron durante veinte años. En la cima de la gloria y del dinero, con el éxito mundial de *A sangre fría* y de la película tomada de esa novela, cambió de línea, abandonó la vibración gótica y el lirismo de sus historias de Alabama para dedicarse al reportaje. Y cuando se interesó por los retratos, hizo retratos de estrellas, por supuesto, al igual que sus amigos, los grandes fotógrafos del siglo: Richard Avedon, Cecil Beaton o Andy Warhol.

Era un inmenso honor ser fotografiado, serigrafiado, descrito por esos grandes maestros de la imagen y la prosa. A Liz, Marilyn, Bogie, Armstrong, todos personajes representativos de una época, él los frecuentaba, participaba de sus festines.

El 21 de agosto de 1980, día de autógrafos en la librería Brentano del 586 de la Quinta Avenida, Truman Capote compartió cartel con el actor Sidney Poitier. Él firmaba la colección de relatos *Música para camaleones*, que se vendía a 11,83 dólares. Se organizaron dos filas, una para Poitier y la otra para Capote: dos estrellas casi de la misma edad, que habían conquistado al público por su talento fuera de lo común. Aparentemente, eran distintos en todo: el color de la piel, la altura, la orientación sexual. Pero se parecían en la fama: Sidney Poitier, primer negro en recibir un premio Oscar; Truman Capote, primer escritor que convirtió un crimen en un objeto de arte. Ambos se mantenían en el primer plano desde hacía mucho tiempo, famosos antes de los treinta años: uno había recibido el premio al “mejor actor” en 1963 y el otro fue consagrado como niño prodigio de la literatura. Sus fotos habían dado la vuelta al mundo, ambos capturaron el espíritu de su tiempo y llevaron a la sociedad a hacerse preguntas: el primero, sobre la discriminación racial y el segundo, sobre la homosexualidad y la pena de muerte. En el fondo, los dos eran monstruos sagrados en estado puro.

Los anglosajones son un ejemplo en el arte de esperar en la fila: no se adelantan ni empujan. La librería había colocado estacas de cobre lustrado y gruesos cordones rojos para ordenar a las multitudes. Había mucho sol en la acera que daba al este. Se iniciaron conversaciones. En la fila de Capote, citaban *Desayuno en Tiffany's* y *A sangre fría*; en la de Poitier, *¿Sabes quién viene a cenar?* y *Al maestro con cariño*. Después de pasar la puerta de entrada, la

frescura del aire acondicionado fue un alivio y la gente calculaba la distancia que le faltaba recorrer para llegar hasta el escritor o el actor, en los meandros formados entre las grandes mesas de exposición. Había libros en pilas, en filas, en bloques, de todos los colores, que destilaban la voluptuosidad de estar en el interior de un inmenso cofre de tesoros, en el umbral de una fabulosa promesa. La fila de Poitier se orientaba hacia el norte y la de Capote, hacia el sur. Se impuso el silencio, se instaló la espera: aún no se veía la mesa de las firmas; todavía, no.

Libros con tapa dura y gruesa de tela negra, que apenas asomaba bajo la sobrecubierta violeta y brillante con cuatro líneas, en las que se leía “Music for Chameleons” y “Truman Capote”, en grandes letras oscuras. Si se tomaban los caracteres más grandes de las líneas 1 y 4, una leve diferencia de tamaño en la tipografía permitía una lectura cruzada: *Music for Capote*. Sobre ese fondo púrpura se intercalaban otras dos líneas, verdes en este caso: “New writing by” y la mención “Including *Handcarved Coffins*”. Como se sabe que Truman Capote siempre supervisaba, con un cuidado casi maniático, los bocetos de los títulos y las tapas de sus libros, debe destacarse la elegancia gráfica y la parte de sofisticación que puso en esta edición. En la contratapa, en gruesas letras negras sobre fondo gris, título y autor en una línea, y debajo, el nombre de la importante editorial, Random House, en pequeños caracteres verdes. Debajo de la sobrecubierta coloreada, la discreta tapa con las iniciales T. C. grabadas en letras plateadas: dos letras, de un centímetro de alto, separadas por un sobrio motivo heráldico.

En la voluptuosidad del elegante objeto se reconocía a Capote, que en ese momento firmaba su precioso libro de las horas. Estaba allí, sentado, vestido con un traje beige, un sombrero de ala ancha

y su bufanda roja que llegaba hasta el piso. De vez en cuando, dejaba su lapicera y se masajeaba la muñeca dolorida y luego volvía a firmar, sin poner dedicatorias. Era 1980, tenía cincuenta y seis años, el semblante pálido y se inclinaba hacia un costado para firmar, simplemente con su nombre y apellido, en silencio, con tinta azul, en correspondencia con sus ojos claros, que levantaba para mirar a la persona que tenía adelante. Agradecía, y todo se desarrollaba con tacto y deferencia. Gracias a *Música para camaleones*, volvió a la literatura de ficción, a la imaginación brillante de los textos cortos en los que siempre se había destacado y que fueron publicados, durante su juventud, por las mejores revistas. Recuperó, además, el registro del refinamiento para relatar las formas de las desilusiones. Era mi turno: su rostro se iluminó con una expresión de afecto al oír nombrar a Francia, se detuvo, se distendió con un aire feliz y cómplice, hizo el ademán de dar un abrazo y firmó, sin poner el lugar ni la fecha, sin florituras, en medio de la primera página en blanco:

T R u m a n C a p o t e

*En estado puro:
la inocencia perturbada*





“El Pequeño T.”

LOS PRIMEROS AÑOS

El pequeño Truman llegó al mundo en Nueva Orleans: su padre había alquilado una suite en el hotel Monteleone y se aseguró de contar con uno de los mejores obstetras de la ciudad, el doctor King. Todo estaba dispuesto: las tías maternas se sentían felices de estar en el centro de la ciudad, cerca del bonito Barrio Francés, favorito de los jóvenes y los artistas. Fueron a acompañar a la pariturienta Lillie Mae, que no había deseado a ese niño—incluso estuvo a punto de interrumpir su embarazo— y debió renunciar contra su voluntad a sus clases en la Escuela de Comercio de Selma. El 30 de septiembre de 1924, Arch Persons, acompañado por su cuñado Seabon, partió con su esposa en taxi hacia la clínica Touro y el niño nació alrededor de las tres de la tarde. Su padre quería un varón y allí estaba: Arch se sintió orgulloso. ¿Qué nombre elegir? Dudó: Thomas, tal vez, pues lo pensaba desde hacía algún tiempo. Finalmente sería Truman, en señal de amistad por su viejo compañero de la escuela militar, y Streckfus, en homenaje a una familia de Nueva Orleans con la que hacía negocios. Con esas sentimentales referencias paternas, el niño quedaba atado a sus vínculos locales: Truman Streckfus Persons, un chiquillo del Sur. También del lado de su madre, el pequeño provenía de una familia arraigada desde hacía mucho tiempo en la región: los Faulk,

una familia muy unida y respetada que había trabajado duro en el campo tras la Guerra de Secesión. El clan “sudista” estaba allí para recibirlo.

Su joven padre, Julien Archulus Persons, llamado Arch, era un hombre cálido, activo, conversador, que soñaba con hacer grandes negocios y seducía a las mujeres a pesar de sus escasos cabellos rubios y sus gafas de gruesos vidrios. Tenía veintisiete años. Todo había empezado el año anterior, cuando conoció en Troy, Alabama, a una joven muy bonita, interesante, con ojos de color avellana y cabellera dorada, que en ese momento era alumna interna en una escuela de maestras. Mantuvieron correspondencia durante toda la primavera de 1923, porque Arch se había ido a Colorado en busca de una aventura lucrativa. Al regresar, fue rápidamente a Monroeville, pequeña ciudad de Alabama en medio de campos de algodón, con su gran plaza bordeada de robles, donde la gente se detenía en el verano para escapar un poco a las nubes de polvo. Monroeville, 31,31 grados norte, 87,20 grados oeste, lejos de las rutas, lejos de todo, a mitad de camino entre Mobile y Montgomery, ambas a unos ciento veinte kilómetros. Allí fue a buscar a Lillie Mae, de diecisiete años, y se casaron el 23 de agosto de 1923. La joven desposada era una mujer-niña, que volvió demasiado pronto de la ciudad, donde había iniciado sus estudios. Como era huérfana, había sido adoptada por sus tres tías solteras Faulk, que vivían con su hermano, también soltero. La mayor, Jennie, una mujer de negocios, fue la tutora de Lillie Mae. Hacía mucho calor en el verano del sur, y la recepción de la boda tuvo lugar en la fresca de la bella casa familiar, en la avenida de Alabama, decorada para la ocasión por sus primas con helechos gigantescos y flores. La vecina tocó el piano, el pastor bautista pronunció las palabras rituales y todos saborearon juntos el gran

pastel de casamiento. Para emprender el viaje de bodas a la costa, tuvieron que ir hasta la estación de Atmore, a unos sesenta kilómetros, a tomar el tren de la línea Louisville-Nashville.

Sin embargo, la luna de miel se interrumpió bruscamente, por falta de dinero y no por falta de amor, y tras una semana decepcionante en un hotel modesto de Gulfport en Misisipi, la joven pareja pasó algunos días en Nueva Orleans a pesar de sus bolsillos vacíos. Luego, Arch puso a su esposa en el tren que iba a Atmore, de donde habían partido, porque, según dijo, tenía que seguir viaje solo, para firmar un importante contrato. Cinco semanas más tarde, cuando fue a buscar a su mujer, Jennie había abierto los ojos y discutieron: ella le pidió a Arch que se fuera a dormir a un hotel. Para Lillie Mae, más que una desilusión, fue un desastre. Había querido casarse con un hombre rico para huir de su familia. Se había deslumbrado ante los hermosos autos de Arch, un Packard y un LaSalle, en los que este circulaba suntuosamente cuando tenía dinero. Había rechazado a pretendientes locales. Ella, que tenía ambiciones y sabía que era la muchacha más linda del condado de Monroe, volvía a su pueblo en una posición desventajosa, casada con un hombre que no valía demasiado. Ella, que siempre había soñado con las grandes ciudades, Nueva Orleans, San Luis, donde ahora el hijo del lugar, Scott Fitzgerald, era recibido como un héroe, y hasta había pensado en Nueva York, estaba de regreso en su punto de partida: el Sur profundo.

Y ahora Lillie Mae tenía un hijo, justamente ella, que seguiría siendo toda su vida una adolescente dispuesta a aturdirse de placeres. Era la época de las *flappers*, esas jóvenes modernas que se cortaban el pelo como varones, imponían modas y votaban desde 1920 gracias a la 19ª enmienda. El año del nacimiento de Truman, 1924, era también el de Marlon Brando, nacido

en Omaha, Nebraska, cinco meses antes: él seguiría a su contemporáneo en el teatro en Nueva York, y más tarde en un rodaje en Kyoto. El pequeño Truman, que nació también en el año de aparición del primer *Manifiesto del surrealismo*, se ubicó en el intersticio entre Cocteau y Fitzgerald, entre *Thomas el impostor* y *El gran Gatsby*. El niño se convertiría luego, precisamente, en un auténtico hechicero, un pope de las letras y de las fiestas suntuosas.

Por el momento, Lillie Mae se ocupaba del bebé y estaba más tranquila porque su hombre se había establecido: pasó el otoño y el invierno con ella en Nueva Orleans. Era un excelente comerciante, uno de esos viajantes de comercio que contribuyeron al dinamismo de los Estados Unidos a comienzos de los años veinte. Trabajaba con los barcos de la flota del Misisipi, organizando las escalas y las excursiones de los pequeños cruceros fluviales de la compañía Streckfus, que realizaban muchos viajes de bodas. Para él, era también una oportunidad de divertirse bailando alocadamente el *bunny hug*, una “danza negra”, según decían, y de beber alcohol prohibido. Su jefe, el capitán Verne Streckfus, estaba tan satisfecho con él que el folleto publicitario presentaba a Arch como “el Príncipe Azul de la compañía”, magnífico con su traje de lino blanco. Tenía dos meses de vacaciones por año, durante los cuales se dedicaba a buscar la gallina de los huevos de oro, convirtiéndose según las circunstancias en agente o empresario, un día para combates de boxeo, al día siguiente para espectáculos con un faquir. Arch siempre tenía algún truco para hacer dinero, y llegó a organizar un espectáculo consistente en fingir enterrar a un hombre vivo, en el patio de la escuela de Monroeville: un experimento de feria muy de moda, para “demostrar” que se podía sobrevivir sin aire. Tenía imaginación para la publicidad, reclutaba a sus estrellas en el lugar o más lejos, hasta en el Bronx. Soñaba con

fortunas y grandes negocios, y mantenía siempre los ojos abiertos, aunque sin fijarse en la honestidad de las transacciones. Lillie Mae estaba desencantada, el romanticismo del noviazgo había pasado y tenía un hijo pequeño: cruel destino para ella, que ansiaba huir de la vida de familia. Sin embargo, ahora vivía en una gran ciudad, Nueva Orleans, había ganado un premio de belleza patrocinado por Lux y soñaba con concursar para el título de Miss Alabama. Truman tenía pocos meses cuando ella empezó a coquetear con otros hombres, y con éxito. Las aventuras eran breves: algunas buenas semanas con jóvenes hidalgos sin ataduras.

Mientras su madre, que aún no tenía veinte años, descubría su inclinación hacia los *Latin lovers*, el pequeño empezó a sentir la inseguridad ambiente. Lillie Mae lo llevaba con ella a todas partes: en viviendas desconocidas, lo acostaba suavemente en un sofá para que durmiera y se iba a la habitación contigua con su amante. Con mucha frecuencia, dejaba a Truman con su familia por algunos días. El niño cambiaba permanentemente de lugar de residencia, pues sus padres repartían su tiempo entre San Luis, en primavera y verano, y Nueva Orleans, en otoño e invierno. Además, a la trashumancia de la pareja se agregaban las citas amorosas. Truman recordaría toda la vida esas visitas y siempre hablaría de sexualidad con una gran libertad, revelando los amores ocultos de todas las personas a las que frecuentaba y observaba. Sobre todo, nunca olvidaría que su madre lo encerraba con llave en la casa, y a veces en el hotel, cuando quería salir sola o con Arch, cuando se iban a beber una copa o a bailar. Truman siempre evocaría ese terror en estado puro: una puerta cerrada, llanto y finalmente, extenuado de rabia y decepción, el niño se quedaba dormido. Cada uno de ellos parecía realizar sus proyectos con celo: Arch y Lillie Mae tenían la mente y la ambición en

otra parte y muy poco tiempo para dedicarle a su pequeño hijo. Siempre estaban listos para partir, a toda hora. Nomadismo de corazones, pequeñas tormentas conyugales, extravagancias sexuales: así era la vida diaria de Truman junto a sus padres.

Es fácil imaginar las repercusiones de esta inconstancia crónica, de esa insatisfacción confusa y perpetua en la psique del niño, que carecía de puntos de referencia confiables y figuras parentales sólidas. La época era rigurosa, el Sur era tradicional, pero eso no les importaba a Arch y a Lillie Mae, que buscaban la evasión y el éxito inmediato. A Truman, hijo del azar en un hogar que no era tal, le faltó la seguridad afectiva necesaria para construirse serenamente. Peor aún: sentía que sobraba en una pareja que vivía al día, según sus caprichos y sus proyectos inconclusos, como si él fuera un paquete molesto, dejado en depósito y que nunca tenía prioridad. Todo presagiaba ya que reproduciría más tarde la inconstancia, el nomadismo y el desenfado de sus padres. También la curiosidad, la investigación para conocer la continuación de la aventura, los vericuetos del folletín de la vida de los otros. Lamentablemente, ya estaban presentes los elementos para ese sufrimiento por la falta de amor, que harían de Truman un ser frágil, desesperado por agradar para ser aceptado. Tendría como forma de vida el torbellino, el pavoneo y el encadenamiento precipitado de los hechos; como horizonte, la falta de duración; como modelos, la seducción y la estafa. Todos improvisaban, actuaban de maneras contradictorias y el pequeño era llevado de un lado a otro: se convirtió así en un gran inquieto, que también quería elevarse y poner en juego sus talentos con gracia. De sus primeros años, Truman solo recordaba las experiencias más aterradoras, las traiciones, los abandonos, que marcaron desde muy temprano sus recuerdos, como esta desventura de 1927:

Pues bien: el primer recuerdo que se remonta a mi primera infancia se ubica bajo el signo del terror. Yo tendría unos tres años, quizá menos, y visitaba el zoo de San Luis acompañado por una negra gorda que mi madre había contratado para que me llevara allí. De pronto, se produjo una escena de pánico. Los niños, las mujeres y los hombres se pusieron a gritar y a correr en todas direcciones. ¡Dos leones habían escapado de su jaula! Dos fieras sedientas de sangre andaban sueltas por el parque. Mi niñera, aterrada, se fue corriendo, dejándome allí plantado, completamente solo en el camino. Es todo lo que recuerdo. (“Vueltas nocturnas. Experiencias sexuales de dos hermanos siameses”, en *Música para camaleones*).

Durante el invierno glacial de 1929, Truman partió con su madre a Kentucky. A pesar del crac bursátil y la desastrosa situación económica del país, Lillie Mae decidió iniciar estudios de administración para buscar un empleo. Al cabo de varias semanas, había conseguido un trabajo y depositó al niño en Jacksonville, en la casa de su abuela paterna, Mrs. Persons. Esta mujer, viuda de un pastor presbiteriano, estaba escandalizada por las infidelidades de su nuera y ya se lo había hecho saber en escenas terribles. Truman pasaba a menudo por Nueva Orleans, donde solía visitar a un japonés, Mr. Mariko, a quien frecuentó durante años:

Yo iba a su tienda [...] él me hacía una gran cantidad de juguetes con sus propias manos: un pez volador que colgaba de alambres; la maqueta de un jardín, con muchas flores enanas y animales arcaicos, suaves como plumas; una bailarina, cuyo abanico, movido por un mecanismo de reloj, aleteaba durante tres minutos.

Y esos juguetes, demasiado sutiles como para servir únicamente de *juegos*, constituyeron para mí una experiencia estética muy original: construyeron un universo y establecieron las normas del gusto. (*Retratos*).

Su padre lo llevaba de vez en cuando a bordo del *show boat* que navegaba entre Nueva Orleans y San Luis. Truman observaba a los bailarines ebrios, los besos furtivos, y sobre todo a los artistas de paso: entre ellos, vio un trompetista, “un Buda de piel oscura, robusto, grueso, agresivo, feliz” al que recordaría toda su vida: Louis Armstrong.

[...] para mí, la dulce furia de la trompeta de Armstrong, la ronca exuberancia de sus gestos, son en cierto modo como la magdalena de Proust: hacen que vuelvan a levantarse las lunas del Misisipi, evocan las luces fangosas de las ciudades ribereñas y el sonido de las sirenas en el río, que se parece al bostezo de un caimán. Oigo la embestida del agua mulata contra los flancos del barco. Sigo oyendo el compás marcado con el pie por ese Buda burlón al tocar *The Sunny Side of the Street*, para acompañar sus rugidos [...]. (“Siluetas”, en *Los perros ladran*).

El joven Armstrong, a quien apodaban Satch, observó y apreció el talento del niño, que hizo un número de tap, y le regaló un sombrero de paja con una cinta verde y un bastón de bambú. Todas las noches lo presentaba ante el público. Luego, Truman pasaba entre los pasajeros que habían presenciado el espectáculo y recogía las monedas en su sombrero, compartiendo el éxito y los aplausos de la fiesta. Ya era un niño prodigio, un bufón en ciernes.

Truman vivía a veces con su madre y otras con su padre, en Nueva Orleans, en San Luis, sobre el Misisipi, casi siempre en Monroeville, donde Lillie Mae lo dejaba al cuidado de sus parientes, sus padres o sus primas, para volver a partir de inmediato. Llegaron las vacaciones del verano de 1930, Truman aún no tenía seis años, su padre estaba paseando en alguna parte y su madre visitaba a unos amigos en Colorado. Esta vez ambos lo habían abandonado: eso era lo que él temía más que nada en el mundo. Y toda su vida estaría marcada por la falta de figuras confiables y tutelares. Como su madre, jugó al eterno niño, impulsivo y encantador, siempre en busca de fantasía y fiestas. Como su padre, fue un viajero infatigable en busca de máscaras y sorpresas.

¿Cómo no imaginar la angustia del niño ante esos viajes caprichosos, esas sucesivas partidas, al leer el breve relato autobiográfico *I remember Grandpa*? Escrito en primera persona, relata el dolor de un niño de cinco años, Bobby, que abandona la casa de su infancia, al amanecer, en un paisaje nevado: “Mis ojos le rogaban, le imploraban, que hiciera algo. Mi rostro estaba inundado de lágrimas pero nadie me prestaba atención. Yo podía perfectamente no haber estado allí”.

Quedarse con sus padres, no estar separado de ellos: esa era la obsesión de su personaje, un niño desesperado, un niño que sabía escribir y rápidamente le escribió una carta a su abuelo, con grandes letras que desbordaban las líneas. Ese Bobby, que no era otro que Truman, soñaba con tener una familia, una verdadera familia. Y como los niños de sus libros, el “pequeño T.” tenía la mente absolutamente clara, como un aparato fotográfico que espera su tema y evalúa la situación.

ALABAMA BLUES

Proscrito hasta en su propio hogar, Truman se sentía rechazado. La única estabilidad que conoció fue su vida con sus “tías abuelas”, Mary Ida y las solteronas Faulk de Monroeville, Callie, Jennie y Sook. Desde que era un bebé, había sido su eterno invitado –uno de sus relatos se titula “El invitado del Día de Acción de Gracias”– y conservó el recuerdo imborrable de los pequeños momentos intimistas que había pasado con ellas. Aquí con Sook: “Mi amiga Miss Faulk está cosiendo un trozo de tela acolchada con un estampado que combina rosas y uvas. Ahora lo lleva hacia su mentón. Hay una lámpara de petróleo cerca de la cama. Me desea un feliz cumpleaños. Sopla la lámpara” (*Autorretrato*).

Mary Ida, la bonita hermana menor de su madre, se había casado con Jennings Carter, un hombre apuesto y reservado, que tocaba el piano y recibió generosamente al niño en la “granja Carter”, como la llamó Truman en sus escritos. Sus protectoras, las hermanas solteras, también lo querían mucho, sobre todo Jennie, que lo escuchaba y realmente tenía una debilidad por ese hermoso niño rubio de espíritu vivaz. Las tres lo recibieron de inmediato en su gran casa de la avenida de Alabama, que tenía muchas habitaciones y un vestíbulo central. Alabama, entre Misisipi, Georgia y Florida: el Sur, por supuesto. El niño dormía siempre solo, porque ellas sabían que no le gustaba compartir la cama, y cuando hacía frío, se arropaba con los edredones apilados. Allí estaba de buen humor y, por lo tanto, siempre era bienvenido. Leía mucho, hasta muy tarde en la noche, acurrucado o sentado en el piso con su libro, cerca de una lámpara. Por eso, a la mañana siguiente se despertaba tarde, a las ocho. Jennie y Sook le llevaban el café a la cama, mientras que sus primos ya

habían salido al campo al amanecer. La propiedad era espaciosa, con un jardín en el que criaban gallinas y pavos, y para el invierno mataban dos cerdos criados en el campo cercano a la ciudad que, en esa época, había alcanzado orgullosamente la cifra de 1355 habitantes. A los siete años, Truman estaba muy cerca de su “tía” Sook, una mujer de cabello blanco de más de sesenta años, que tenía los hombros deformados por una enfermedad contraída en su infancia, y estaba a cargo de la cocina y la administración de la casa. En Navidad, ella hacía pasteles de frutas, limones y cerezas, jengibre y vainilla, uvas y nueces, cortezas de naranja y ananás de Hawái. Cuando Jennie regresaba a la noche, se dirigía rápidamente hacia un placard en el fondo de la casa, ingería sus medicamentos de un trago y luego dejaba sobre una mesita el ingreso diario de su tienda, que había colocado dentro de una bolsita de tela. Jennie guardaba todos los billetes grandes, y una vez por semana, los sábados, Sook introducía su mano en la bolsita para tomar unos pocos dólares y las monedas de su dinero de bolsillo, que acomodaba en una bolsa de color perla y escondía en un lugar secreto. Un poco más tarde, compartiría ese tesoro con Truman.

Sin ser tímida, Sook mantenía su privacidad y no hacía las compras en la ciudad ni iba a misa, aunque creía en un dios omnipresente en el campo. No le gustaba el cine: prefería los relatos de los libros.

Es pequeña y combativa, pero como consecuencia de una larga enfermedad de su juventud, sus hombros están penosamente encorvados. Su extraño rostro se parece un poco al de Lincoln, igualmente surcado de arrugas, igualmente curtido por el sol y el viento. Pero es delicado, con una fina estructura, y sus

ojos son del color del jerez y tímidos. (“Un recuerdo navideño”, en *Desayuno en Tiffany’s*).

Sook vivía en su pequeño mundo, contaba historias de fantasmas, domesticaba colibríes y conocía las recetas mágicas de los indios para curar. Aspiraba tabaco, preferentemente el Brown Mule, y solía dar paseos por los bosques, a los que llevaba a Truman con la perrita Queenie, una cazadora de ratas de pelo duro, naranja y blanco. ¿Su mayor hazaña? Matar con una pala una serpiente de cascabel de dieciséis anillos. Usaban una vieja carreta para llevar flores y espárragos silvestres, cazaban mariposas y volvían a soltarlas, recogían hongos enormes. Sook llamaba “Buddy” al niño. Estaban casi siempre juntos: eran dos solitarios que compartían una amistad inhabitual, hasta el punto de que Capote murió pensando en ella y repitiendo la palabra “Buddy”. Conversaban, jugaban a las cartas, competían en habilidad remontando sus cometas, recortaban imágenes y plantaban helechos silvestres en las vasijas que estaban en el porche. Por su parte, Jennie, apasionada por el jardín y sus canteros de flores exóticas, llevaba allí al niño, que se extasiaba. En una palabra: las hermanas Faulk de Monroeville adoraban a su pequeño pensionista y disfrutaban al cuidarlo y educarlo.

¿Cómo describir el Sur de los años treinta en el campo? Los niños encendían fuego para asar malvaviscos y maíz, las niñas pequeñas sacaban pañuelos impregnados de menta, la gente tenía la piel tostada por el sol, los ricos cultivadores de algodón apenas se veían detrás del humo violáceo de los habanos, las damas olían a cedrón. Bebían jugo de cereza en el porche esperando la salida de la luna, mientras en el interior, los globos amarillos de las lámparas a petróleo horadaban la oscuridad. Había que ir a

buscar agua a la bomba y calentarse junto a las chimeneas y las estufas. Afuera, la exuberancia de la fauna y la flora. Al joven Truman, todo le parecía desmesurado: las grandes corolas de las flores, las hierbas, los arbustos, las lianas que se enredaban y se aplastaban en montículos perfumados, los sicomoros que hacían llover sus hojas rojizas como especias, los árboles adornados con un musgo español que pretendía invadirlo todo, los senderos que serpenteaban como venas después de las fuertes lluvias de tormenta. Entonces salían los sapos, que lanzaban gritos agudos, y la terrible serpiente mocasín de agua, cuya mordedura podía ser mortal, una víbora ágil y danzante, que le daba miedo y lo fascinaba. Estaban los ríos y los pozos de agua donde la gente se bañaba, los bajos fondos pantanosos con grandes lirios silvestres, los troncos cortados que brillaban en la sombra negra de las aguas estancadas: era un mundo al mismo tiempo maléfico y maravilloso para el niño de la ciudad.

El campo era un reino desconcertante, como lo describió en su relato “Árbol de noche”:

Kay sabía qué la asustaba: era un recuerdo, un recuerdo infantil de los terrores que una vez, hacía mucho tiempo, habían planeado sobre ella como las ramas espectrales de un árbol de noche. Tías, cocineras, desconocidos, todos ansiosos por contar historias o enseñar canciones, que hablaban de fantasmas o de muerte, de presagios, espíritus y demonios... Y siempre volvía la invariable amenaza del coco: “¡No te alejes de casa, niño, o vendrá el coco y te comerá vivo!”. El coco estaba en todas partes y en todas partes había peligro. (“Un árbol de noche”, en *Un árbol de noche y otras historias*).

En la casa podía haber, en temporada, hasta unas quince personas, entre jornaleros, la cocinera, que se levantaba a las cuatro de la mañana para encender el fuego, y sus auxiliares.

Truman descubrió los mercados del sábado, una multitud densa de niños recién bañados y descalzos, con tres céntimos en el bolsillo para comprar un cucurucho de maíz tostado envuelto en melaza, y mujeres perfumadas con esencia de vainilla o agua de colonia comprada en el bazar, que usaban amuletos, tenían el pelo corto y maquillaje rojo en las mejillas. Agitaban sus abanicos de papel de colores, conversaban bajo un porche y, después de haber hecho las compras, aguardaban a los hombres que habían regresado, junto a sus caballos, a la caballeriza, donde la botella de whisky circulaba en ronda. Se comunicaban mutuamente las noticias, hablaban de las cosechas, iban al abrevadero, cubierto de lentejas de agua verdes, donde revoloteaban las libélulas irisadas, algunos lanzaban un puñetazo en una pelea, porque tenían sangre caliente, otros jugaban a arrojar cuchillos. Una parada en el bar, que en una pizarra colocada en la puerta, prometía parrilladas, sabrosos pescados, helados deliciosos, diversos refrescos y cerveza bien fría. La pausa era bienvenida. Todos habían llegado temprano, al amanecer, en sus carretas, sus autos viejos o descaпотables. Ya anochecía, las luciérnagas parpadeaban, había que atar las mulas y regresar a las plantaciones.

En Monroeville, la escuela de Truman estaba cerca de su casa, de modo que podía volver a almorzar y deleitarse con tartas de banana. Ya sabía leer y escribir, tenía un pequeño diccionario, le gustaban los lápices y era aplicado. Contrariamente a las costumbres, se negaba a pelear y prefería negociar. Sin embargo, lo llamaban “Bulldog”, o “Bulldog Persons”, desde el día en que había arremetido con la cabeza baja contra un grandote que quiso

humillarlo. Luego tendría otro apodo, “Tiny Terror”, por su lengua filosa. Era avisgado y de imaginación desbordante, maduro, sabía ya muchas cosas e incluso empezó a interesarse en las palabras cruzadas de su vecino, Mr. Lee, el padre de Nelle, su compañerita de juegos. Siempre impecable, Truman se vestía de blanco de la cabeza a los pies. Usaba una camisa de lino claro y un pantalón que hacía juego, corbata, calcetines y zapatos blancos. Se veía magnífico. Sus tías hacían que se cambiara la ropa todos los días. A veces, su madre, en una breve visita, le llevaba de regalo alguna prenda, como un traje de baño con motivos hawaianos comprado en Nueva Orleans que causó sensación en Monroeville. Era un niño atlético, cuidado, musculoso, de piel y cabellos claros. Jugaba al tenis, trepaba por una cuerda con las manos desnudas, nadaba bien, hacía una gran cantidad de lagartijas sin esfuerzo y sabía hacer la vuelta de carnero en los dos sentidos, ¡incluso encima de la pared de piedra que rodeaba la propiedad de las hermanas Faulk! Lo admiraban discretamente. Su padre, siempre en los barcos de vapor de Streckfus, también iba a verlo de tanto en tanto en su hermoso automóvil descapotable y a veces lo invitaba a acompañarlo en el auto durante algunos días. Además, Truman siguió perfeccionando su talento para el tap y bailando permanentemente sin tomar una sola clase.

Afortunadamente, había fiestas: la familia se engalanaba, resplandeciente con sus atuendos de verano. Truman veía desde lejos las luces de la vuelta al mundo y se acercaba a los carruseles que giraban con un tintineo de campanillas. Sabía que los negros tenían prohibido subirse a ellos. Los caballos caracoleaban con música, junto a los puestos de los juegos de dardos. En todas partes flotaba el olor del maíz tostado. La gente sostenía cucuruchos de helado con los dedos pegajosos. ¡Pero la verdadera atracción

eran los monstruos! Animales de cinco patas o dos cabezas, a menudo embalsamados, y seres humanos vivos se disputaban los favores de la multitud. Era la época de Phineas Taylor Barnum, un empresario circense que iba de plaza en plaza exhibiendo su galería de gigantes, de rostros con labios leporinos, cráneos puntiagudos y cuellos enormes hinchados de bocio. Allí podía verse toda clase de personajes sin brazos, sin manos, sin piernas, y enanas saltarinas con sus vestidos de tul escarlata y cinturones de raso, adornadas con tiaras que centelleaban. El afiche de Barnum prometía grandes emociones frente a esas criaturas grotescas encaramadas a un pedestal, encastradas en nichos tapizados, que contemplaban la lenta fila de los visitantes. Todo ese folclore del Sur se vería en la novela *Otras voces, otros ámbitos*, bajo los rasgos de Miss Wisteria, la enana con cara de muñeca y con labios en forma de corazón, que aplaudía con sus dos manitos cuando los niños la invitaban a compartir un momento. Y esos grupos inspiraron al joven Truman, que inventó a su vez un circo en el que se debía pagar entrada.

Truman empezó a escribir en Monroeville. Fue el inicio de una obsesión que duraría toda su vida. Cuando salía de paseo, siempre llevaba consigo una libreta y tomaba notas. Al regreso, consignaba sus impresiones, sin hablar de ello con nadie. Debajo de la cama de Sook, tenía una maleta que cerraba con llave, donde guardaba todos sus papeles. Organizó un taller de escritura con su vecina y amiga Nelle, que ganaría en 1961 el prestigioso premio Pulitzer en la categoría ficción por su novela *Matar un ruiseñor*, en la que describía a Truman como un “Merlín de bolsillo”. Los dos niños se instalaban juntos por algunas horas en una pequeña habitación que le servía de escritorio a Truman, ya encadenado a su máquina de escribir. De paso por la ciudad, Jennie compró el diario, el

Mobile Press Register, que tenía una página para niños, llamada “Sol”, en la que se publicaban poemas y cuentos. Por supuesto, Truman envió un texto para ese suplemento, “Old Mr. Busybody” (“Viejo señor entrometido”), y ganó el concurso. El personaje del cuento estaba directamente inspirado en un vecino: este hizo prohibir de inmediato la publicación, que debía tener dos episodios. Pero ya había sido publicada la mitad y el niño no se preocupó por esa oportunidad frustrada. Soñaba con subir a un escenario, lejos de Misisipi. ¿No era acaso el “Capitán Truman” cuando estaba en el barco de su padre y su número de tap era muy aplaudido? De hecho, sería un fabuloso bailarín de salón y convertiría su vida en un gran espectáculo.

Arch Persons aceptaba que su hijo hubiera pasado por lo menos los dos tercios de su infancia en Monroeville y en la granja con sus tías, y deseaba fervientemente que Truman permaneciera en Alabama, a pesar de los proyectos de su mujer, que deseaba irse de allí. Una vez más, ella se sentía menoscabada por su marido, que la había arrastrado a un oscuro asunto de tráfico de alcohol clandestino. Quería ganarse la vida decentemente: dos veces había intentado tomar clases en una escuela de contabilidad, en Selma, y luego en Bowling Green. Justamente, acababa de obtener una beca de la Escuela de Belleza Elizabeth Arden, y pretendía hacer un curso de formación de tres meses en Nueva York. Arch prometió darle 45 dólares por semana para sus gastos y le pidió a su hermano Sam, que vivía en el Bronx, que recibiera a su esposa y velara por ella. Lillie Mae partió el 15 de enero de 1931. Para ella, lo importante era emanciparse. Tomó sus recaudos, se tranquilizó y se organizó. Los tres primeros meses, todo funcionó bien. Cuando el banco rechazó los cheques de Arch, tomó inmediatamente un trabajo en un bar-restaurante situado en el bajo

Broadway y conoció por fin la autonomía. Era económicamente independiente y fue una suerte, porque a mediados de marzo se enteró de que Arch Persons estaba en prisión en Birmingham por extorsión y cheques sin fondos. Esto le causó un fuerte impacto a Lillie Mae, y se escandalizó aún más al descubrir que Arch, que se consideraba a sí mismo agraviado e injustamente perseguido, fue liberado bajo fianza: una fianza pagada por su madre, la viuda Mabel Persons, siempre dispuesta a socorrer al inútil de su hijo. De todos modos, Lillie Mae estaba segura de que no volvería a su casa, ya que sus jefes la apreciaban y le ofrecieron el trabajo de responsable del salón por un salario de 32 dólares a la semana, a partir de mediados de junio. Todo había cambiado; ahora ella podía mantenerse e incluso enviarle dinero a la familia para cubrir las necesidades de Truman.

Muy pronto, en Nueva York, volvieron sus recuerdos galantes de Nueva Orleans en la persona de Joseph García Capote, a quien había conocido en el hotel Monteleone durante el verano de 1925, uno de sus *Latin lovers* que se había vuelto rico, en momentos en que ella seguía buscando fortuna. Joe era cubano, hijo de un coronel español, el mayor de tres hermanos, y había estudiado en la Universidad de La Habana. Algunos meses después de llegar a Nueva Orleans, a los veinticuatro años, se enamoró de Lillie Mae, esa bella joven de apenas veinte años, sexy y caprichosa, pero que no era libre. Luego viajó a la costa este y progresó. Trabajaba de día en una oficina, a la noche tomaba clases en la Universidad de Nueva York para ser un ejecutivo de Wall Street y, en 1931, se ganaba ya muy bien la vida en Taylor, Clapp & Beal, una empresa textil. Joe y Lillie Mae se escribían, y al verse, reanudaron su relación. El joven tenía todo para gustar: era alegre, amante de los buenos vinos, elegante y clásico en el vestir y estaba dispuesto

a gastar dinero. No era especialmente guapo con su cabello negro alisado y peinado hacia atrás, sus gafas y su silueta fuerte y rechoncha, pero estaba muy enamorado y siempre de excelente humor. En el Sur, Arch, que ya no recibía noticias, estaba angustiado y citó a su esposa el 4 de julio en Jacksonville. Eligió mal la fecha, porque era el Día de la Independencia: Lillie Mae no fue. Su seductor y rico amante le pidió que se divorciara cuanto antes para poder casarse con ella y compró un pasaje a Alabama para acelerar la separación del matrimonio Persons. De modo que Lillie Mae pasó a buscar a Truman por Monroeville y el 24 de julio, se encontró con el desesperado Arch en Pensacola, Florida. El 2 de agosto de 1931 se presentó la demanda de divorcio, llena de reproches de ambas partes, y el 9 de noviembre se dictó la sentencia. Lillie Mae obtuvo la tenencia de Truman nueve meses por año, y Arch se ocuparía de él en junio, julio y agosto. El arreglo parecía conveniente: los padres verían a su hijo de vez en cuando, como siempre, porque el tiempo no tenía nada que ver con la relación filial, y el niño volvió a partir hacia Alabama.

En Nueva York, la pareja formada por Lillie Mae y Joe Capote se instaló en una casa en Brooklyn y el cubano tramitó su propio divorcio, mientras preparaba la boda, que se llevó a cabo el 24 de marzo de 1932. Los recién casados, profundamente enamorados y suntuosamente vestidos, fueron a visitar a los hermanos Persons, Sam y John, que estaban bastante irritados por esa repentina prosperidad. En cuanto a Truman, seguía viviendo con sus tías en Monroeville y, como de costumbre, pasó sus vacaciones en la “granja Carter”. Llegó el mes de junio, pero Arch tenía sus preocupaciones y solo consiguió liberarse unos pocos días para ver a Truman. Como no enviaba la pensión asignada para alimentos, las relaciones se tensaron. De hecho, Arch había firmado

cheques sin fondo por 1800 dólares y se encontró nuevamente tras las rejas de la prisión Parish de Nueva Orleans. A partir de ese momento, Lillie Mae decidió sacar partido de la situación para ampliar sus derechos de guarda sobre Truman, apoyándose en dos argumentos: por un lado, de mayo de 1932 a enero de 1933, no había recibido ninguna ayuda financiera de su ex marido y, por el otro, el padre no se ocupaba del niño durante los tres meses inicialmente concedidos. Y agregó además que Arch no vivía en un solo lugar y a veces estaba en la cárcel. Ahora Lillie Mae causaba una buena impresión, estaba casada, y muy bien casada, y todo el mundo comprendía que quisiera tener a su hijo con ella, para desgracia de Arch Persons, que detestaba a su vencedor, el extranjero, el cubano. Lillie Mae obtuvo finalmente la guarda exclusiva, por el bien del niño.

Al final del verano, en cuanto Truman supo que se iría con su madre a Nueva York, se empeñó en celebrar su partida con una fiesta. Había ganado confianza en sí mismo y sugirió ideas que tenían el tono de la burguesía comerciante rural y establecida: decidió organizar un baile de disfraces. Interpretaría ya uno de sus mejores personajes: el de maestro de ceremonias y placeres. Quería que la fiesta fuera grandiosa y la preparó con varias semanas de anticipación para garantizar su éxito. Se realizó un viernes a la noche: había –novedad costosa– vasos de cartón para la limonada y los jugos de frutas. El joven anfitrión había ideado decenas de juegos para los niños, en los que había que hundir las manos en una caja para adivinar qué había en el interior: una tortuga, un plumero, frutas maduras aplastadas. En el patio, estaba el Ford Trimotor de Truman, un avión a pedales que se deslizaba por un plano inclinado a toda velocidad, causando una gran excitación en su tripulante de turno.

La cocinera negra, llamada tía Lizzie, había horneado una gran cantidad de pasteles y Sook preparó ponche en una jarra de cristal, porque Jennie había invitado a sus vecinos y sus mejores clientes, notables o propietarios de la ciudad y alrededores. Incluso había contratado a algunas personas para que se ocuparan de los juegos de los niños, entre ellos, un negro al que Truman hizo vestir de blanco y con un sombrero confeccionado por Jennie. Pero el *sheriff* se enteró de los preparativos de la fiesta y fue a alertarlos: el Ku Klux Klan, que se encontraba en su apogeo en ese comienzo de los años treinta, estaba vigilando, sus miembros habían hecho una reunión y organizaban para esa noche un desfile en la avenida de Alabama. Muy digna, Jennie lo tranquilizó: no habría ninguna mascarada en su casa. Luego fue a preparar sus mesas de juegos para los adultos y los discos para el gramófono a manivela. Sin embargo, había que tomar en serio la advertencia, porque el Klan, fundado por seis ex soldados de la Confederación el día de Navidad de 1865 en Pulaski, Tennessee, había resurgido con fuerza en esos años en el Sur, sobre todo en las pequeñas ciudades rurales. En 1920, contaba con 4.500.000 afiliados, que usaban largas túnicas blancas y altas capuchas que les ocultaban el rostro, y sembraban el terror entre los negros. El Klan actuaba de noche, practicaba un racismo virulento y usaba métodos brutales –linchamientos, secuestros, torturas– para restablecer la “supremacía blanca”. Jennie, una mujer juiciosa, sabía que todo el mundo temía las cruces encendidas, las horcas y las hogueras del Klan, que solía ejecutar a quienes se resistían a sus humillaciones.

La noche de la fiesta, Truman estaba disfrazado de Fu Manchú. Tenía la cara amarilla, un bonete, una trenza de crin de caballo, una chaqueta de cuello cerrado y una camisa amplia que flotaba

sobre su pantalón. Empezó el baile: había muchos invitados y la música animaba el jardín. Fue un éxito: un éxito magnífico que volvería a la memoria de Truman –en plena gloria– cuando, en noviembre de 1966, organizó el famoso Baile en Blanco y Negro en el Hotel Plaza de Manhattan.

Pero de pronto, se produjo el pánico. El Klan, creyendo desenmascarar a un negro disfrazado, atrapó a uno de los invitados, vestido de robot, en el jardín del vecino, Mr. Lee, con el propósito de colgarlo. Mr. Lee intervino audazmente para rescatarlo. Le quitó la ropa y todo el mundo lo reconoció: era Sonny Boular, un vecino blanco, torpe y tímido, que estaba muerto de miedo bajo sus adornos de cartón. Así fue como el Klan cometió un error frente a los invitados de Jennie y Truman: todos ellos personajes poderosos de Monroeville que habían acudido en masa a la fiesta. El Klan apagó sus antorchas, sus miembros se dispersaron y huyeron, confundidos. Truman estaba exultante, orgulloso de haber provocado en su fiesta de despedida, así lo pensaba, nada menos que el suicidio del Klan.

Aunque la partida de Alabama marcó el final de una época, Truman volvió allí. Siempre conservó su acento sureño, y cuando se sentía deprimido, su espíritu viajaba a los jardines de las tías Jennie, Sook y Mary Ida. La “granja Carter”, con sus paisajes cambiantes según las estaciones, sus viejas historias de los tiempos antiguos y sus leyendas, se convirtió incluso en el ambiente fantástico de su primera novela, *Otras voces, otros ámbitos*, que en 1948 entusiasmó a críticos y lectores: uno de ellos, William Faulkner, nacido en 1897 en Misisipi, había deslumbrado a su público con una obra maestra de la literatura del Sur, *Luz de agosto*, publicada en 1932. Del pequeño escritorio en el que ya había escrito tanto –relatos de aventuras, historias policiales, cuentos

de ex esclavos o de veteranos de la Guerra de Secesión, sketches cómicos—, Truman no conservaría una nostalgia sino una destreza, sumada a una verdadera confianza en sí mismo:

Empecé a escribir a los ocho años, de improviso, sin inspirarme en ningún ejemplo. Nunca había conocido a nadie que escribiera. Incluso conocía a muy poca gente que leyera. Pero el hecho es que las únicas cuatro actividades que me interesaban eran las siguientes: leer libros, ir al cine, bailar tap y dibujar. Entonces, un día empecé a escribir, sin saber que me encadenaba de por vida a un amo muy noble pero implacable. Cuando Dios nos entrega un don, también nos entrega un látigo; y el látigo únicamente sirve para autoflagelarse (Prefacio de *Música para camaleones*).

EL ALETEO DEL CÓNDOR

En octubre, Truman partió hacia Nueva York en un bus de la compañía Greyhound. Usaría ese recuerdo en *Plegarias atendidas*: “En mi maleta, casi nada: ropa interior, camisas, artículos de tocador y muchos anotadores, en los que había garabateado poemas y algunos relatos cortos”. ¡Al final del camino, quedó deslumbrado! Recordaría toda su vida esa luz del sol otoñal de Manhattan a su llegada. Fue un flechazo, el comienzo de un amor que duraría para siempre. Porque a pesar de que vivió a veces en otros sitios, Nueva York sería siempre su verdadero lugar, donde le gustaba caminar deteniéndose en las esquinas para ver deambular a los transeúntes, donde nunca anochecía en Broadway, donde la luz del día se doraba con el crepúsculo, y a la noche se volvía blanca, como el rostro de los soñadores.

Lillie Mae tenía grandes ambiciones para su hijo y no escatimó en gastos: inscribió a Truman, el pequeño provinciano, en la famosa Trinity School, adscripta a la Iglesia episcopal, en la que se comenzaba el día con plegarias, de rodillas los viernes, y que imponía la comunión en los días sagrados. Era un establecimiento muy solicitado, con cuotas elevadas, que tenía alrededor de cuatrocientos alumnos repartidos en tres niveles: maternal, primaria y secundaria. Había pocos niños por clase y el recién llegado que venía del Sur profundo se destacó desde el principio. Muy dotado en el gimnasio, hacía las vueltas de carnero a gran velocidad, girando como un sol, y bailaba muy bien, sin hablar de que gracias al invierno de Nueva York descubrió el patinaje artístico, en el que muy pronto se distinguió con sus figuras y secuencias rápidas. La pista de patinaje de Gay Blades, en el West Side, se convirtió en uno de sus lugares favoritos. Para algunos, Truman era realmente la mascota de la clase. Sin embargo, también podía sorprender a sus compañeros pataleando y vociferando en la puerta del despacho del director, en un día de grandes contrariedades. Truman daba espectáculos.

En el verano de 1933, la familia Capote se mudó del barrio de Brooklyn a un hermoso apartamento antiguo sobre Riverside Drive en Manhattan. Cambió de decorado también en la vida familiar. Los Capote gastaban en exceso, ofrecían muchas recepciones, con todo lujo, frecuentaban los teatros y los *night-clubs* de moda, viajaron a las Bermudas, a Cuba y dos veces a Europa. Lillie Mae era feliz, usaba buena ropa y joyas, sobre todo amatistas, y sacaba ventaja de su aspecto de beldad sureña original y exótica. Pero ahora ya no era la provinciana ingenua de sus comienzos: iba del brazo de un hombre rico y se sentía cada vez más cómoda en su papel de esposa adulada. Era graciosa y coqueta, sabía realzar su

belleza, se vestía y se peinaba con elegancia, aspiraba a formar parte de la *Café Society* rica y mundana. Y no actuaba realmente como una madre de la época porque era joven, a veces entusiasta, a veces dura e hiriente, quería estar orgullosa de su hijo, y vigilaba escrupulosamente su vestimenta y sus salidas. Truman era hermoso, ella lo adoraba, ella lo tiranizaba. En cambio, Joe Capote era tranquilo y más ecuánime: le gustaba la diversión y les enseñó a bailar la rumba a Truman y a sus jóvenes amigos. Era alegre, cultivaba la paciencia y la indulgencia, y muy pronto se estableció una buena relación entre ellos.

El cambio de marido y de vida llevó a la madre de Truman a abandonar muy pronto su nombre de pila, que consideraba pasado de moda y pueblerino. Prosiguió su metamorfosis. Miss Faulk había sido antes Mrs. Persons y ahora Mrs. Capote, y Lillie Mae sería Nina –como si se inspirara en la muy chic Nina Ricci–, que le parecía más moderno y también más cosmopolita. Joe y Nina dieron vuelta definitivamente la página de sus orígenes y, vestidos con bellos atuendos, frecuentaban las veladas mundanas, se entusiasmaban con los caballos e iban a las carreras. Nina jugaba en Belmont y Joe era un inveterado apostador. La vida era hermosa, por fin tenía Truman padres presentes, aun cuando, en muchos sentidos, otra vez parecía estar de más en esa pareja simbiótica que adoraba la vida agitada. A veces pensaba en Alabama con nostalgia, superponiendo sin cesar dos visiones:

En el campo, la primavera es la época de los pequeños acontecimientos que llegan en silencio: brotan los jacintos, los sauces arden de pronto con un fuego verde escarchado, el crepúsculo se demora en largas veladas y la lluvia de medianoche abre las lilas. Pero en la ciudad, suenan los organillos y el aire se llena

de olores que ya no son disipados por los vientos invernales. Las ventanas cerradas durante mucho tiempo empiezan a abrirse y las conversaciones franquean los límites de las habitaciones, chocan con el tintineo de las campanillas de los vendedores ambulantes. Es la loca estación de los globos y los patines con rueditas. (“El halcón decapitado”, en *Un árbol de noche*).

Truman dividía su tiempo entre dos lugares que amaba: Nueva York durante el año escolar y el Sur en las vacaciones. Lejos de allí, en París, el año 1933 estuvo marcado por la publicación de *La gata* de Colette, a quien Truman conocería años más tarde en la casa de la escritora, en su cuarto que daba a los jardines del Palais-Royal, mientras André Malraux publicaba su famoso prefacio al *Santuario* de Faulkner. Este y Capote se harían amigos: dos escritores del Sur que tenían el mismo editor, Random House. El Sur era una felicidad simple y campestre, alterada por un episodio aterrador, que volvió a la memoria de Capote al recordar su infancia: la mordedura de una víbora, que le causó un profundo impacto y lo obligó a faltar a la escuela durante dos meses. Lo relató en “Vueltas nocturnas. Experiencias sexuales de dos hermanos siameses” (*Música para camaleones*):

Cuando tenía nueve años, me mordió una serpiente moccasín de agua. Había salido a explorar con algunos primos un bosque perdido a más de diez kilómetros de la pequeña ciudad rural de Alabama, donde vivíamos. Por ese bosque corría un pequeño río transparente. Un grueso tronco caído lo atravesaba como un puente. Mis primos corrían de una orilla a otra sobre el tronco haciendo equilibrio. Pero yo decidí vadear el río. Cuando estaba por llegar a la orilla opuesta, vi una enorme serpiente moccasín

de agua que nadaba, ondulando en la superficie del agua. Se me secó la boca y quedé paralizado, entumecido, como si me hubieran inyectado novocaína en todo el cuerpo. La serpiente seguía deslizándose, venía directamente hacia mí. Cuando estaba a pocos centímetros, giré bruscamente y resbalé sobre un lecho de piedras lisas del fondo del río. La serpiente me mordió en la rodilla. Gran agitación.

A la descripción del pavor del niño, a quien sus primos llevaron corriendo sobre sus hombros, se agregan las observaciones sobre la vida en el campo: en las granjas solitarias del Sur, todos sabían que en casos de urgencia había que trasladarse de inmediato en una carreta y que el remedio contra la mordedura de una serpiente venenosa consistía en aplicar filetes de pollo sobre la herida. La granjera y los primos lo hicieron rápidamente en el lugar, y durante el lento y caótico trayecto hasta la ciudad. Luego telefonaron a un hospital de Montgomery, que estaba a ciento cincuenta kilómetros: el médico llegó horas más tarde, con un suero, para atender al niño, que se encontraba en mal estado. Truman se recuperó, pero las serpientes siguieron presentes en su vida, como una especie de obsesión.

El joven Truman empezó sus clases en Trinity School con retraso, aprendió latín, y obtuvo excelentes resultados en primer año, aunque luego decaería. Pero sus redacciones eran publicadas en el diario de la escuela y eso era para él lo más importante. Cada vez se parecía más a su madre: la misma piel suave, el mismo cabello dorado, la misma morfología. La parte superior del cuerpo bastante delgada, y las caderas y las piernas, sólidas. Tenían la misma boca, la frente alta y despejada, una mirada de porcelana. El 11 de julio de 1934, se produjo un

giro fundamental en su vida: Joseph García Capote entregó en el tribunal de primera instancia de Manhattan la solicitud de adopción de Truman. La audiencia de adopción en el tribunal de tutela se realizó el 28 septiembre y el fallo se emitió el 14 de febrero de 1935: a partir de ese momento, Joe Capote fue su padre legal. Truman Streckfus Persons se convirtió en Truman García Capote. Tomó distancia de su padre biológico: ahora lo llamaba Persons. Evidentemente, los mismos argumentos de antes –estafas, períodos en prisión, reincidencias– habían jugado en contra de este hombre. Pero la última crueldad provino del propio Truman, que le envió a Arch un duro mensaje: “Te agradecería que solo me llamas Truman Capote, ya que todo el mundo me conoce ahora con ese nombre”.

El Truman de esa época tenía el corazón dividido: había nacido Persons y se convirtió en Capote. Y acababa de repudiar a su padre con una insigne crueldad, por inconsciencia o venganza: ahora ya no importaba. ¿Acaso no había cambiado su madre su nombre y su apellido para empezar de nuevo? Truman amaba a las jóvenes brillantes y se enamoraría perdidamente de muchos hermosos. Del mismo modo, continuaba profundamente apegado a Alabama, pero seguía deslumbrado con Nueva York. Las veladas musicales sobre el Misisipi aún resonaban en su memoria, soñaba con tocar la guitarra y cantar en los *night-clubs*. Ahorró para comprar una guitarra, tomó clases todo el invierno, pero se aburrió rápidamente con los ejercicios de principiante, aunque tenía mucha paciencia con sus galimatías literarios, y terminó dándole su guitarra, que se convertiría en el accesorio de muchos de sus personajes de ficción, a un desconocido en una estación de autobús. Los encuentros breves, en tránsito, el azar: eso era Truman Capote.

En realidad, no andaba bien: en la casa se mostraba inestable y de noche era sonámbulo. Su madre, preocupada, le pidió a un profesor que lo acompañara hasta la casa después de las clases. Truman sufrió manoseos: el profesor abusaba de la situación al regresar del colegio. Esos trayectos parecían salidos del relato de Tennessee Williams “Los misterios del Joy Rio”, en el que el hombre y el muchacho se desabotonan furtivamente en la galería oscura de un viejo cine. Todo estaba mal. Ansiosa por tener un hijo con Joe Capote, Nina se disponía a abandonar nuevamente a Truman. En efecto, inscribió al frágil adolescente en una nueva escuela episcopal, una rígida escuela militar en Ossining, en una aldea que quedaba a cuarenta y cinco kilómetros de Manhattan: la St. John’s Military Academy. Aunque era cierto que esas escuelas militares del valle del Hudson formarían a todos los hijos varones de los ricos de Nueva York, para Truman, que partió hacia allí con entusiasmo, significó una debacle. Se decepcionó de inmediato: detestaba los dormitorios comunes y el ambiente viril y brutal. Sus compañeros se burlaban de su acento sureño, de su voz aguda, de su baja estatura, se reían de sus modales graciosos. La intolerancia era atroz. Truman se sentía hostigado y pronto fue sexualmente explotado por los adultos. Quería evadirse. Le escribió a Louis Armstrong, que era famoso en Harlem, para pedirle un trabajo en el Cotton Club, pero fue en vano. Y para colmo de males, su madre solo lo visitó dos veces y se negó a retirarlo del internado durante el año escolar. Lloraba, odiaba la escuela, echaba de menos Alabama, ya idealizada en la vena bucólica como un mundo pastoral, lleno de dulzura y poesía. Mientras experimentaba ese horrible sentimiento de abandono, lo inscribieron una vez más en Trinity School, en el otoño de 1937, para su gran alivio. Durante esos años conflictivos, jamás dejó de escribir:

Mis tareas literarias ocupaban todo mi tiempo: el aprendizaje en el altar de la técnica, de la destreza, las diabólicas complejidades de separar los párrafos, la puntuación, el lugar del diálogo. Sin hablar del plan general, del gran arco exigente que va del medio al comienzo y al final. Hay que aprender tanto, y de tantas fuentes: no solo de los libros, sino de la música, de la pintura y hasta de la simple observación diaria.

De hecho, mis textos más interesantes de aquellos días fueron simples observaciones diarias que anotaba en mi diario. Descripciones de un vecino. Largas transcripciones de conversaciones que oía. Habladurías locales. Una especie de crónica, un estilo de “ver” y “oír” que más tarde influyó seriamente en mí, aunque en esa época no era consciente de ello, porque todos mis escritos “terminados”, los que pulía y mecanografiaba cuidadosamente, pertenecían más o menos a la ficción. (Prefacio a *Música para camaleones*).

En 1939, los Capote se mudaron de Manhattan a Connecticut. Vivían en el barrio de Greenwich, Millbrook, en Orchard Drive. Era un enclave en medio del bosque con un centenar de bellas propiedades construidas en estilo Tudor, sobre un dominio que incluía dos grandes lagos en los que se navegaba en verano y se patinaba en invierno y un *country club* para los residentes. El dominio estaba cerrado y un guardián custodiaba el gran portón con columnatas: ya se había instalado el fenómeno de los barrios cerrados, reservados para la gente acaudalada. Las parejas hacían fiestas a la noche, cuando volvían los maridos que trabajaban en Nueva York: se aturdían, bebían mucho. Estaban en familia: todo el mundo se conocía. Nina, con su espíritu gregario, organizaba

veladas. En Halloween, por ejemplo, en una hermosa noche de luna llena, los jóvenes realizaron una búsqueda del tesoro: fueron de casa en casa, en pequeños grupos, para encontrar los objetos anotados en su lista. Luego regresaron a la casa de Nina y bailaron hasta el alba: los jóvenes vestidos con traje y corbata, y las muchachas, de falda. Se divertían en un clima familiar y amable, entre personas del mismo ambiente.

Truman nunca pasaba inadvertido. Con su voz aguda como un ave del paraíso, patinador virtuoso, procedente de Manhattan, pronto adquirió ascendiente sobre una banda de pillos maliciosos, porque como antes en la granja, sabía organizar diversiones y fiestas. Además, la revista literaria de Trinity School empezó a publicar sus textos, notables para un jovencito de su edad. Se despertaron en él fuertes admiraciones literarias: Poe, Stevenson y Dickens en la escuela, entusiasmos pasajeros, sin embargo, que pronto dieron lugar a pasiones más constantes: Austen, Turguéniev y Chejov. Entre los norteamericanos, Capote admiraba a Henry James y Willa Cather, dos orfebres del estilo y del punto de vista narrativo. En esa época, estuvo muy ligado a la alegre Phoebe Pierce, con quien se entendía tan bien que rápidamente le pidió matrimonio. Cada uno viviría su vida, le dijo Truman, que pronto conoció el gran amor con el joven más apuesto del colegio. Phoebe no entendía el futuro de ese modo, pero eso no les impidió soñar con abandonar juntos Greenwich para establecerse en Manhattan, que era para ellos el lugar mágico por excelencia. Leían a los autores ingleses que sorprendían por su audacia de vida y de estilo, como Wilde y Saki, compraban *The New Yorker* y se apasionaban por la poesía. Preparaban juntos escapadas secretas para los fines de semana: iban a las discotecas de los alrededores, a New Rochelle o a Stamford, e incluso

llegaban hasta Manhattan cuando habían ahorrado lo suficiente. Frecuentaban los cabarets y los clubes de jazz donde actuaban Lionel Hampton y Billie Holiday: una voz desgarradora, un bello rostro marrón con ojos indios, Billie, la mujer de satén que cantaba “*Never had no kissin’... Oh, what I’ve been missing... Lover Man, oh, where can you be?*”... Los dos adolescentes sonreían, cómplices, cuando Billie empezaba “*Moonlight in Vermont*”. Phoebe y Truman se atrevían a ir a veces a lugares prestigiosos, como el Stork Club o El Morocco, para los que había que usar ropa de cóctel negra. Truman conocía un poco porque ya había estado allí con Nina y Joe, y llevó a Phoebe. Ambos eran extraordinarios bailarines: todos los miraban en la pista y el establecimiento les regalaba las consumiciones y, a veces, incluso la cena. Truman era incomparable para los ritmos latino-norteamericanos. Le encantaban las banquetas rayadas y el ambiente de El Morocco, que frecuentó durante más de treinta años ¡y al que más tarde, invitaría a bailar a Marilyn Monroe! Pero ahora, pronto debería correr a la estación Grand Central para regresar con el último tren, a la medianoche. Risas en el cine Pickwick de Greenwich, en Boston Road, donde imitaban los diálogos durante la proyección. Más risas cuando Truman invitaba a toda la pandilla a su casa para fumar los habanos de Joe Capote y beber los licores de Nina escuchando la música de moda. A Truman le gustaba hacer payasadas: una noche empezó a pedirles un *penny* a los transeúntes con un pretexto virtuoso, y luego, con los bolsillos llenos, les pagó consumiciones a sus amiguitas. Nunca le faltó imaginación para dirigir a los demás. Phoebe Pierce y Truman Capote fueron inseparables en aquellos años de Greenwich. Eran dos solitarios que se querían como hermano y hermana: Phoebe flirteaba con otros muchachos y Truman también.

Inscrito en la Greenwich High School, el adolescente decidió focalizar realmente toda la atención, captar la luz. No tenía ninguna duda: sería escritor. Por eso, empezó a actuar a su antojo: estudiaba a fondo las materias que le gustaban, descuidaba el resto, inventaba pretextos para justificar sus retrasos e incluso sus faltas. Era nulo en álgebra, flojo en idiomas: se concentraba en la escritura. Pronto le llamó la atención a su profesora de Literatura, Miss Catherine Wood, una solterona de rostro anguloso y cabellos grises. Era una fina pedagoga y sus alumnos la querían. Miss Wood descubrió los dones de Truman y decidió ocuparse de él. Le preparó un programa especial, le inculcó la gramática, la sintaxis, las estructuras de la poesía. Le enseñaba después de clase, lo alentaba, intercedía por él ante su colega de álgebra, que le ponía malas notas. Incluso llegó a ir a la casa de los Capote para reprender a Nina, que decididamente no comprendía los gustos de su hijo, y para defenderlo ante ella, para que tomara conciencia de las condiciones excepcionales de su hijo. Al final de la conversación, le predijo a su madre que Truman se haría famoso. Sin duda alguna, la anciana dama de los collares de perlas, que conversaba con Truman como si fuera un adulto y le prestaba libros, cambió la vida del joven. El salvaje de las letras se ejercitaba bajo la mirada amable pero rigurosa de una educadora fuera de serie, que transformaría a ese niño precoz en un consumado escritor. El 26 de julio de 1941, Truman le escribió desde Monroeville, Alabama:

Querida Miss Wood,

Pasé tres semanas en Nueva Orleans y volví a Monroeville ayer a la noche. Fue una agradable sorpresa para mí encontrar su cariñoso mensaje. Lamento mucho lo de su padre y espero que se mejore [...].

¡Me he vuelto ruso con una venganza! Terminé finalmente *Guerra y paz*. También leí *Contrapunto* de Huxley. Está muy mal escrito, no tan mal escrito como confuso. Pero sirve para aprender hasta dónde puede llegar la sofisticación ultramoderna.

Atravesé los pantanos del río Pearl, en Luisiana. Me llevó tres días y fue como estar en una jungla, pero mucho más peligroso. Esos pantanos están habitados por cajunes (espero haberlo escrito correctamente) ¡y todo es tan salvaje allí que algunos niños jamás habían visto un blanco! Fue realmente una gran experiencia y recogí toda clase de materiales y flores silvestres, e incluso un caimán bebé que le enviaré a usted contra reembolso, si lo desea. ¡Es un pequeño monstruo!

Escríbame. Con todo mi amor.

Truman

(*Un placer fugaz - Correspondencia*)

Truman le agradecía así sus consejos. Durante toda su carrera, le envió sus libros, humilde y fiel, y se mantuvo en contacto con ella, hasta el punto de que “Woody” estuvo entre los invitados prestigiosos en el famoso Baile en Blanco y Negro que dio en el Plaza, unos treinta años más tarde.

Finalmente, Nina y Joe se aburrieron de Connecticut: no les gustaban demasiado los placeres de esa aldea de ricos, las flores, la jardinería, el golf y el squash. Truman los convenció de regresar a Nueva York, y se dispuso a ayudarlos con la mudanza y la instalación en el 1060 de Park Avenue, un bello lugar a la altura de la calle 87, el verdadero barrio elegante del Upper East Side. Era un apartamento antiguo, con una amplia sala y dos dormitorios grandes separados por un cuarto de baño: uno muy bien arreglado para Truman, con una cama inmensa

y una cómoda, y el otro para Nina y Joe. Las piezas de servicio estaban en el fondo. Truman instalaba su máquina de escribir en la cocina cuando escribía de noche. A menudo, la sala desbordaba de invitados. Nina recibía mucho, con magnificencia: era conocida por sus banquetes lujosos y su sabrosa cocina del Sur. Truman se reencontró, encantado, con los aromas de las comidas de su infancia y también invitaba con frecuencia a sus nuevos amigos. Fue un tiempo de tregua, en el que Nina, Joe y Truman formaban una familia unida, acogedora, deliciosamente mundana, agradablemente exótica con sus raíces que remitían a Cuba y al viejo Sur.

En 1942, Truman tuvo que cambiar de colegio: lo inscribieron en una escuela privada del West Side, el liceo Franklin, donde Nina le hizo repetir el último año. El establecimiento, muy atento a la opinión de las familias, flexibilizaba mucho la obligación de la asistencia. Una vez más, Truman se hizo notar por la calidad de sus escritos: los profesores, impresionados, hacían circular entre ellos los textos de ese debutante precoz y el director se guardó algunos textos originales, que más tarde vendió a precio de oro en subastas. La revista literaria del liceo, *Red & Blue*, publicó sus poemas. Estimulaba a los amigos del comité de redacción, del que luego fue un miembro muy activo y, en 1943, ganó el premio de ficción literaria, que confirmó una vez más su vocación de escritor. Sin convicción y sin gloria, aprobó su examen final. No le serviría para nada, ya que no pensaba ir a perder tiempo a la universidad, que, a su juicio, solo servía para los que querían ser médicos o abogados, sin la menor modestia, ya se consideraba a sí mismo un verdadero escritor, como un pianista listo para dar su primer concierto en público. Solo le faltaba hacerse conocer, publicar, vivir de su pluma.

Después de superar la fase de bebedora social, Nina empezó a consumir demasiado licor de durazno y scotch. Sus celos por los éxitos femeninos de Joe, que era, por su parte, muy posesivo, se acentuaron. Tampoco aceptaba demasiado la homosexualidad de su hijo y lo insultaba con violencia. Además, atacaba sus manuscritos. En la casa, a veces había un clima execrable, pero afuera, Truman era feliz y libre, capaz también de grandes raptos de amistad. Su ingenio gustaba mucho entre las jóvenes liberadas de la buena sociedad, de modo que durante la temporada 1942-1943, circuló formando un cuarteto, que pronto fue inseparable, con la extravagante Carol Marcus, hija de un magnate, Oona O'Neill, hija del escritor de teatro Eugene O'Neill, que había ganado el premio Nobel seis años antes, y Gloria Vanderbilt, una heredera que estaba en el candelero. El dueño del Stork Club, orgulloso de recibir a clientes tan distinguidos, para congraciarse con ellos, les regaló los cuatro almuerzos. No fue un detalle menor: el estudiante de dieciocho años tomó conciencia rápidamente de las facilidades que se le otorgaba a una personalidad importante, de los privilegios de la notoriedad. Por el momento, era el bufón que contaba historias, el seductor que sabía recitar los versos de sus poesías, el bailarín que deslumbraba a las bellas debutantes con los pasos de un tango: era un caballero andante y, por supuesto, ellas lo adoraban con fervor. Al mismo tiempo, Truman empezó a medir su poder de seducción: hizo su entrada en el mundo, un mundo que se reconocía en el film de Orson Welles *Soberbia*, recientemente estrenado en las pantallas de Broadway. Él, que todavía era un figurante al lado de ricas herederas, quería su lugar en el banquete, ser uno de ellos y tener su parte de celebridad. Desde ese momento, su ambición fue más fuerte que nunca y jamás lo abandonaría: escribía desde hacía unos diez años, tenía talento y

en un poema de sus años de juventud, “Sand for the Hour Glass”, escrito para el *Franklin Literary Magazine*, se comparó a sí mismo con un “poderoso cóndor”. ¿Pensó en “El albatros” de Baudelaire? Tal vez leyó en el diccionario la descripción del pájaro: “Especie de gran buitre de América del Sur, que habita en los Andes. El cóndor mide 1 m de largo y por lo menos 3 m de envergadura. Su plumaje es negro azulado, matizado de gris y blanco en las alas. Se lo caza por sus plumas”. ¡Bella premonición! Ave de envergadura, ave de elegante plumaje, ave que planea, ave carnicera: Truman Capote sería todo eso. Y también sería un pájaro cazado.

